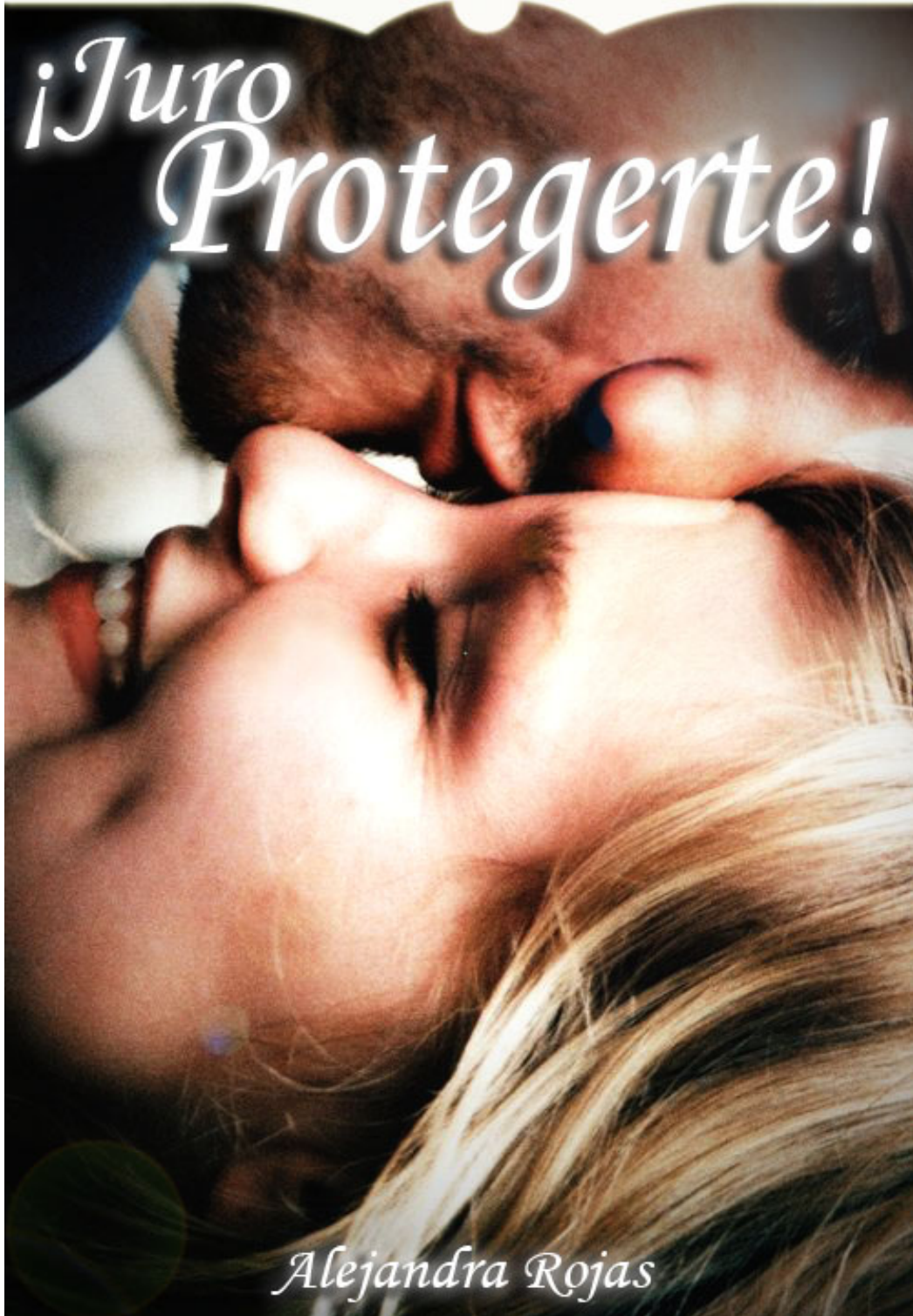


iJuro protegerte!

Alejandra Rojas



# Capítulo 1

¡Hola y bienvenidos a ésta nueva obra la cual está en proceso continuo, así que subiré los capítulos disponibles hasta la fecha y continuaré actualizando ya sea semanal o entre la misma.

Disfrútenla y recuerden que cualquier comentario u opinión constructiva es bien recibida :)

"Él, un muchacho que se la pasa en las calles intentando sobrevivir en medio de una ciudad que sólo es apta para el más inteligente.

Ella, una acomodada señorita que huye de su pasado y llega a aquél terrible mundo tan desconocido en donde impera la ley del mas fuerte.

Huyendo de una terrible familia y llevándose un valioso tesoro, Natalia decide vivir sola en una de las ciudades más peligrosas de su país. Por desgracia todo parece irle de mal en peor hasta que Leo aparece y la salva de la mas horrible de las humillaciones.

Desde ese momento un fuerte lazo los unirá, y mientras él le enseña a sobrevivir en el mundo real, ella tendrá que demostrarse que no todo en la vida es riqueza y poder.

En medio de una terrible crisis económica, con países a punto de entrar en guerra ¿podrá ésta dulce pareja aprender la mas valiosa de las lecciones? cuidarse el uno al otro."

## Capítulo 2

-Leo--

Preguntarle a alguien cuál es el sentido de la vida es tan inútil como tratar de convencer a tu alcohólico padre de que la bebida la llevará por el camino de la perdición. Es tonto, y simple. Ni siquiera es un buen tema para romper el hielo, y aunque tuvieras muchas ganas de socializar con las otras personas, de seguro ellos, en sus agitadas vidas, tendrían otras cosas mucho más importantes que ponerse a pensar en su propia existencia.

La verdad es que en éste mundo, hay mucho en lo qué reflexionar. Tenemos, por ejemplo, la difícil situación en el Medio Oriente, o el precio del petróleo que sube y baja tantas veces al año que ya hasta parece que se divierte más que un niño en un brincolín. A donde quiera que mire, lo único que hay en común es la velocidad. Gente yendo de aquí para allá tan rápido en sus coches, en sus bicicletas, e incluso a pie, como si pudieran alcanzar todas sus metas simplemente moviéndose de prisa, olvidando a las personas que tienen a su alrededor.

Creo que eso es lo que falla en el mundo. Nos hemos olvidado de ayudarnos los unos a los otros, y si lo hacemos, a veces es sólo por cuestiones interesadas. Fingimos ser los salvadores cuando la verdad sólo queremos ser reconocidos. Y no es que el mundo me de asco, pero supongo que poder ver más allá de lo que ellos es un símbolo de que he madurado.

A mis diecisiete años de edad, la vida en la calle es fría y solitaria. Es tan extraño, pienso en ocasiones, que en un mundo tan industrializado existan personas como yo, que tienen que hacer otras cosas para sobrevivir. La carencia de empleos parece contradecir el futuro que está ante nuestros ojos. Las ironías de la vida son tan extravagantes que incluso pienso que si de verdad hay alguien allá arriba, sólo se está riendo de nosotros. ¿Por qué existen tantos trabajos y a la vez, tantas personas buscando uno? Sólo tengo que recordar a mi tía Helen, por ejemplo. Una afortunada ingeniera en telecomunicaciones que ahora vive en un cutre departamento de la calle seis. Alimenta a tres gatos, y apenas tiene para el alquiler.

En la ciudad las cosas están mal. Lo puedo sentir día a día, noche tras noche. Cuando el viento sopla o cuando calla, cuando un niño llora o ríe, cuando los borrachos se pelean por un poco de licor y cuando las prostitutas venden sus servicios en cada esquina cuando llega la media noche. Éste mundo se está yendo al demonio, y todos, tarde o temprano, nos iremos con él. Esa es una de las grandes realidades de la vida, porque

la sociedad nos consume y nos transforma a su antojo.

Suspiré con cansancio y miré a mi alrededor. Eran casi las siete de la noche, y las estrellas, como siempre, no salían nunca. El brillo de las luces de los grandes edificios y la permanente capa de contaminación nos envolvían como una madre que arroja sonrisas tóxicas a cualquiera que intente buscar un poco de esperanza en el cielo. Estoy segura de que si Dios existe, no puede vernos desde allí.

—A un lado, chico. No estorbes.

Y los modales tampoco son los mejores. Es de noche cuando todo cobra vida, y la gente parece ir más desesperada a sus casas después del trabajo. Los comercios y los cines encienden sus luminosos anuncios de neón y de repente toda la ciudad se viste de gala. No obstante, por cada callejón que paso, lo único que veo es la putrefacta mancha de un cáncer y del cual yo soy parte: personas sin empleo, mendigos durmiendo en las casetas telefónicas o sobre trozos de cartón, castillos de los pobres como me gusta decir. Algunos suertudos incluso pueden darse el lujo de entrar en calor con un poco de alcohol.

—¡Auxilio! ¡Me han robado!

Un ladrón venía directo hacia mí. El bolso de una burguesa destellaba como un trofeo en su mano. Me hice a un lado para dejarlo pasar, mientras le lanzaba un saludo con la cabeza. Al menos alguien iba a poder cenar bien ésta noche, o dormir en un buen colchón alquilado en cualquiera de los sucios departamentos del área residencial.

La señora apareció poco después. Era tan obesa que sólo pude imaginarme a cuántas personas podría alimentar con su cuerpo, pero la idea me dio tanto asco que decidí girar por otra calle y perder de vista aquel incidente. No me concernía. Los ricos le robaban a los pobres, y los pobres también, cuando podían, le quitaban algo a los ricos. No era lo más justo, pero así era la vida.

Y no iba a cambiar.

Porque las personas no pueden cambiar con tanta facilidad.

—¡Hey, Leo!

Reconocí la voz y giré media vuelta. Antonio, que era uno de los pocos amigos que tenía en la calle, venía hacia mí con la voz ahogada y una expresión de desesperación en sus ojos marrones. Traía un flamante Iphone en la mano, que me tendió.

—Toma. Escóndelo un momento.

No me molesté en preguntar qué pasaba, y lo hice. Metí el teléfono en el bolso de mi abrigo y me hice el inocente mientras mi amigo se marchaba, mirando por todos lados. Segundos después, un oficial de policía pasó cerca de mí lanzando maldiciones y hablando por la radio.

—Lo perdí. Mocosos engreídos. Me robó el teléfono. Si lo ven, por mí tienen permiso de disparar.

Me lanzó una mirada inquisidora. Ver a un oficial a la cara, como yo estaba haciendo, podría considerarse como un signo sospechoso. No obstante, el hombre, demasiado furioso con Antonio, frunció las cejas y se fue a grandes zancadas por donde había venido.

Mi amigo no volvió durante los siguientes diez minutos, y ese fue todo el tiempo que decidí esperarlo. El frío empeoraba y me cerré los botones del abrigo. Los pantalones delgados que llevaba hacía que se me congelaran las piernas, y por el agujero en la suela de mi bota entraba el agua de los charcos que la lluvia de la tarde había dejado.

Llegué a casa casi a las ocho, aunque bien podría no haberlo hecho, porque francamente no me encontraba en un hogar real. Era algo así como un sitio para dormir. Me iba por las mañanas y regresaba hasta que se me daba la gana. La razón estaba amodorrada en el sofá: casi noventa kilos de grasa en playera y pantalones cortos, con una cerveza en la mano y un trozo de pollo en la otra.

—Ya llegué.

—¿En dónde estabas? —rezongó el hombre que en teoría era mi padre. Mi madre costuraba en su máquina de cocer y poca atención me prestó.

—Estaba por ahí.

Mi padre Ibrahim, rezongó en su sofá.

—Deberías de buscar trabajo. Ya casi cumples dieciocho. ¿Cuántos tienes? ¿Diecisiete?

—¿Trabajo? ¿lo dices en serio? Ingenieros en sistemas se están muriendo de hambre.

—Bah. Mugrosos inútiles. Solo están sentados frente a su computadora.

—El muchacho tiene razón —argumentó mi madre con visible enojo—. No es culpa suya que las cosas vayan mal. Ésta crisis no está pegando a

todos. Tú deberías de estar trabajando y no nosotros.

—¡Bah! Cállate, mujer. ¿Tú que sabes sobre trabajar? Yo me parto el lomo luchando día a día en ese viejo negocio mecánico y llego manchado de aceite todas las noches. Ni siquiera hay pan para una buena comida.

—Pues ya va siendo hora de que te montes tu propio taller. Al menos así no tendrías qué preocuparte por recibir un salario.

Mi padre se levantó. Su gran barriga se meció. En algún momento, cuando tenía mi edad, había sido un hombre verdaderamente apuesto, pero ahora las cosas habían cambiado. Yo me pegué a la pared, asustado. Mi madre dejó su costura.

—Nadie me va a decir qué tengo que hacer. ¡Ésta es mí familia, mi casa! ¡Yo les mantengo!

—Pues no lo haces muy bien que digamos.

—Ya, déjalo, mamá.

—No, Leo. Esto ya me cansó. Hoy tuve que pedirle un poco de leche a la vecina. ¿Sabes la vergüenza que me dio, Ibrahim? ¡Tú te ganas lo poco que tenemos en cerveza y en esos estúpidos billetes de la lotería! ¡Deja de jugar! ¡Nunca ganarás!

—¡Mujer de poca fe! ¡Si tuvieras más energías...!

Los dejé ser y subí a mi alcoba. Los gritos se intensificaron, como ocurrían tres de cada siete noches, en promedio. La vida no sólo era dura para mí en las calles, también lo era en casa. Sin embargo, tampoco era tan malo. Al final de cuentas, las cosas no siempre salen como uno las imagina, y me consolaba saber que hay personas en peor situación que la mía.

En algún punto escuché cómo un plato se rompía. Luego los gritos de mi padre se hicieron más fuertes. Algo se quebró. Después mi madre insultó. Hubo un momento de silencio y un portazo. La noche había terminado para nosotros, y a mí, el estómago me rugía del hambre.

Por la noche me la pasé jugando con las aplicaciones del Iphone que Antonio había robado al oficial. Vi que tenía muchas fotos de él y de su esposa. Incluso tenían un niño pequeño. Eso me dio en qué pensar y durante un momento consideré en devolverle el móvil. Sin embargo, con mi aspecto andrajoso iba a ser difícil que no me tomaran por una delincuente. Además, yo no robaba teléfonos. Era arriesgado.

No fue hasta despertarme al día siguiente cuando la tranquilidad se apoderó de mí durante un breve momento. Era ese instante lo que me



daba un poco de alegría. La transición entre un mundo de sueños y la horripilante realidad. Me gustaba pensar que las cosas iban a cambiar, y que ya no iba a pertenecer más a éste mundo plagado de egoísmo, donde los políticos se hacían más ricos y los pobres anhelaban tener todo ese poder. Era una corriente que parecía terminar en un un sólo punto: la infelicidad.

Por todos los Cielos. Yo quería ser feliz. Deseaba hacer de mi vida algo especial y diferente. Conocer a muchas más personas. Personas importantes, claro. No más prostitutas, ni mafiosos ni policías. Algo allá afuera era para mí, y todos los días me levantaba con ganas de ir a encontrarlo.

Sin embargo, cuando bajaba a desayunar, todo se iba al traste. Mis padres estaban siempre en el comedor a primera hora de la mañana. Ella remojaba sus galletas en el café, y él leía el periódico y lanzaba maldiciones a la lotería nacional.

—¡Joder! —mi padre me miró como si yo fuera el culpable—. No te preocupes. Tendré más suerte para la próxima. Ten fe. No seas como tu madre.

—Ibrahim... —rumió ella en total desacuerdo.

—¡Ja! Cuando sea millonario Leo y yo nos iremos de vacaciones y no vendrás. Te quedarás aquí a costurar, y por cierto, ya va siendo hora de que le hagas algún remiendo a los pantalones de tu hijo. No me gusta que se le vean las rodillas.

—Es la moda, papá.

—¡Bah! Adolescentes y sus tonterías de la moda. En mis tiempos...

Tomé un poco de café, un par de galletas y salí de la casa, pues entre quedarme allí y ver cómo se armaba otra discusión, o ver de nuevo el mundo cambiante que me estaba dejando atrás, prefería la segunda opción. Antonio llegó unos minutos más tarde.

—¿Tienes el teléfono?

—Ten —lo saqué de mi bolsillo y se lo di—. Pero te costará \$60.

—¿Qué? Maldición, Leo—a duras penas el muchacho sacó el dinero y lo puso en la palma de mi mano. Después se marchó feliz con su nuevo tesoro, listo para empeñarlo o venderlo a cualquiera que pasara por allí.

Las cosas en la ciudad nunca cambiaban.

Entré sólo para dejar la taza en la cocina. Saqué treinta monedas y las puse en la mesa para que mi madre las viera. Me guardé el resto y regresé a las ajetreadas calles, en dónde de verdad podría hacer algo, que si bien no era lo más importante y honesto del mundo, al menos me daba para algo de diversión.

Engañar a la gente no era tan difícil. Después de todo, estaban demasiado ocupadas pensando en sí mismas que no le tomaban importancia a lo que había a su alrededor. Nadie sospecharía de mí, un ingenuo joven de cabello negro y con una delgada línea de pecas en la cara. Mis ojos verdes lucían tan vivos y me lo decían a menudo, que llegué a la conclusión de que ellos de verdad eran mis tesoros.

Vi que una señora se acercaba. Hablaba por teléfono. Tenía el bolso abierto. Fue la hora de atacar, y cuando choqué con ella, con un rápido movimiento metí la mano en la abertura de su bolsa y saqué lo primero que me encontré. La mujer siguió su camino, perdida entre el mar de gente. Sin darme tiempo de ver cuál era el botín, me fui hasta un callejón y entonces eché un vistazo.

—Genial —sonreí. Era un monedero, con poco más de \$200 en su interior y algunas tarjetas de crédito, que de poco servirían una vez que ella las reportara como robadas. Tampoco pensaba ponerme a averiguar cuánto tendrían disponible, así que arrojé todo menos el dinero a un bote de basura y volví a la calle.

—¿Has tenido una buena pesca? —me preguntó Alejandra. Su voz fue tan sorpresiva que me giré enseguida.

—No me asustes.

—Oye, tranquilo, corazón. Sólo te estoy saludando.

Alejandra era una mujer de compañía, si saben a qué me refiero. Y de las costosas, por supuesto. Se dedicaba a su negocio por las noches, pero durante el día era una refinada mujer de veinticinco años, de ojos azules, prominente busto y cabello dorado. Eran tan hermosa que yo me preguntaba porqué se dedicaba a esto y no a ser modelo.

—Ten —abrió su bolso de marca y me tendió un sándwich envuelto en papel aluminio —. Supongo que nos has desayunado. Tienes ojeras hasta en las ojeras.

—Ah, gracias. Sólo bebí un poco de café.



—No deberías de pasar hambre. Estás por acabar la adolescencia y mírate. Eres guapo. Podrías salir con cualquier chica. Tienes muchos buenos atributos.

—Y a ti te sobra ¿verdad?

—Estas me dan de comer —dijo señalándose los pechos—, y de paso, a ti también. Ven a verme al medio día. Almorzaré sola y quiero algo de compañía.

—Sí. Allí estaré...

De repente oí un grito.

—¡Fue ella, oficial! ¡Ese delincuente me robó la cartera!

—Ups. Mejor corre —mencionó Ale con tono natural.

Claro que lo hice, y tan rápido, esquivando a tantas personas como era posible. Crucé la mitad de la calle. Un coche frenó. Otro tocó la bocina. No me atreví a ver detrás de mí. El policía hacía sonar su silbato y gritaba improperios. Me metí en un callejón. Subí a un basurero y trepé por una valla metálica. Salté al otro lado y seguí hasta una calle secundaria. Torcí justo a la izquierda. Las piernas me ardían por el esfuerzo y me estaba quedando sin aire.

Me detuve en un rincón para recuperar el aliento. El policía con su silbato chillando se alejaron en otra dirección hasta desaparecer totalmente. Sólo entonces pude suspirar de alivio.

Y fue en ese momento que oí un grito.

—¡Ayuda!

Le pertenecía a una chica. Corrí hasta el lugar de donde provenía la voz. Estaba al otro lado del muro que dividía al callejón. Escalé un contenedor de basura y me asomé. Lo que había al otro lado era la típica escena de un asalto.

—¡Por favor, aléjese de mí! Ya le di todo lo que tengo.

—Creo que todavía queda algo en especial, pequeña cría.

Aquello no estaba nada bien. Asaltar era algo vital si querías sobrevivir, pero cometer algo más allá era bajo hasta para la gente más cruel. La víctima era una muchacha de mi edad, rubia y refinada. Vestía una falda blanca, mostrando un buen par de piernas torneadas y suaves que sin duda habían despertado la lujuria de aquél hombre. También llevaba una

blusa con un tirante roto.

Por alguna razón no pude dejar de mirarla. Ella no era de éste barrio, ni del siguiente. Provenía de alguna otra parte. Lo supe por su reloj de correa de oro, y sus brillantes aretes. Era una niña mimada, una de esas burquesitas que no tenían nada qué hacer en un lugar tan peligroso como éste. Su presencia de chica ricachona le molestaba a más personas de las que ella podría imaginar. Incluso a mí, que no le veía el sentido a andar por la calle presumiendo tantos dotes tanto físicos como materiales.

—¡Se lo ruego! ¡Llévese mis cosas, pero no me haga daño!

El asaltante tenía una botella rota a modo de arma, y la muchacha estaba acorralada. Me bastó ver la mirada de lujuria para saber que ese sujeto no iba a detenerse, ni por todo el dinero del mundo.

—¡Ven aquí!

Y en ese momento yo salté el muro. Un dolor frío me recorrió el tobillo cuando toqué el pavimento, pero sin darle importancia, arremetí contra aquél hombre. ¿Qué más podría hacer? ¿Darle alguna clase de sermón? ¿Tratar de sobornarlo con mi propio cuerpo? Sea como fuere, prefería arriesgarme con una botella rota, que dejar que se comieran a esa rubia en pleno callejón.

El hombre cayó sobre su propia arma y se hizo un corte en el brazo. Asustado al verme, o quizá, impactado por mi astucia, se alejó renqueando y desapareció por otra calle. Cuando él se fue, entonces el dolor en mi tobillo se hizo más fuerte y me senté en un bote de basura.

—¿Estás bien? —le pregunté a la Barbie.

Ella, llorando, se dejó caer de rodillas.

—¿Qué le pasa a la gente? ¡Maldición!

—Está loca, por supuesto. ¿Te hizo daño?

—No —levantó la cara. Sus ojos verdes eran tan bonitos como los míos. Su delineador se estaba corriendo a causa de sus lágrimas—. Gracias. Me salvaste la vida.

—No deberías de andar por aquí.

—Estaba buscando un empleo.

—¿Empleo? ¿Tú?

Se limpió la cara y recogió sus teléfono y su cartera. Al menos el ladrón no se las había llevado.

—Sí ¿qué tiene de raro?

—Nada. Sólo no pareces la clase de chica que necesita trabajar.

—Cada quién tiene sus razones. ¿Podemos salir de aquí? Éste lugar me asusta.

—¿Cómo te llamas?

—Natalia. ¿Y tú?

—Leo. ¿Por dónde vives?

—Al otro lado de la ciudad.

Se acomodó los pechos y su sujetador. La blusa se le estaba cayendo debido al tirante roto. Su falda blanca también estaba sucia y tenía un raspón en la pierna derecha. Seguía sollozando mientras se limpiaba con una toallita húmeda antibacterial.

—Éste lugar está tan sucio... y hace frío.

Era cierto. Me quité el abrigo y se lo tendí.

—Toma.

Ella lo vio como lo que era: un sucio trapo remendado.

—¿Qué? ¿Tienes algún problema? Al menos te mantendrá caliente.

—Gracias.

—Deberías de cubrirte un poco más. Si sales vestida así, corres el riesgo de que te violen.

—Hombres asquerosos —masculló mientras se cerraba los botones del abrigo, que ante la medida de sus senos, se tensaba y no podía ocultar sus curvas. También se bajó un poco la falda y se soltó el cabello.

—¿Así?

—Sí.

Metió la mano en el bolsillo de mi chaqueta y sacó el sándwich que me dio Alejandra. Lo olió y luego lo abrió.

—Es de jamón. Qué rico.

—¿Tienes hambre? Puedes comerlo.

—¿Seguro? —preguntó con ojitos de cachorro. Yo me sonrojé.

Natalia no dudó un momento y le dio una mordida a lo que hasta hacía un rato era mi desayuno. Se lo tragó de tres grandes bocados.

—Ah. ¿No tendrás algo de beber?

—¿Eres pobre o qué?

—Bueno, sólo preguntaba. Lamento las molestias.

Algo en Natalia no encajaba. Yo era pobre, pero incluso sabía reconocer las cosas caras debido a mis mañas. Su teléfono era de los últimos modelos, y sus aretes eran de oro puro. Incluso su bolso era de marca, como el de Alejandra. ¿Qué estaba haciendo alguien como ella en un sitio como éste?

—De nuevo, gracias. No sé qué hubiera hecho si no llegabas. De seguro tendría a ese hombre entre mis piernas.

—Pues para la próxima mejor grita más fuerte, o corre. Andando, salgamos de aquí.

Natalia sonrió con una dulzura tan deslumbrante que era muy raro ver en una ciudad como ésta, en medio de tanta crisis. Estaba auténticamente feliz de no haber perdido la pureza, aunque si tenía que ser un poco más realista, una chica tan guapa como ella ya no debía de ser nada inocente.

—Déjame recompensarte, Leo. Te invitaré a desayunar ¿te parece?

—Sí, claro.

—Un caballero hubiese dicho "no, gracias, señorita. No es molestia."

—¿Habías visto un caballero llevar un sándwich de jamón en el bolsillo de su chaqueta?

Volvió a reírse. Era la primera chica que se reía de mis tontos chistes, y por alguna razón, eso alegró todo mi día.

## Capítulo 3

### MIEDO

El estómago me rugió del hambre. A esas horas por la mañana, los puestos de salchichas despedían deliciosos aromas a aceite y carne cocida. Natalia iba por delante de mí, con el largo cabello rubio meciéndose al compás de sus pasos. A diferencia de los demás, ella caminaba con la cabeza en alto, como segura de a dónde tenía que ir.

Entramos a una cafetería de la esquina, que estaba casi abarrotada. Sólo quedaba una mesa disponible y justo iba a ser ocupada por una señora. Natalia se lanzó y ocupó el asiento, después esbozó una sonrisa triunfante. Al menos era rápida y avispada, dos cosas muy importantes para vivir en ésta ciudad. La señora puso mala cara, y lanzando improperios sobre la juventud de hoy día, se fue a sentar detrás de la barra.

—¿Qué vas a comer? —preguntó con la vista puesta al otro lado del ventanal. Era como si buscara a alguien, o se escondiera de algo.

Yo miré el menú que colgaba de una pizarra justo por encima de la barra.

—¿Hasta cuánto estás dispuesta a pagar?

—Salvaste mi vida. Pide lo que quieras —dijo con una sonrisa que a muchos le hubiese parecido encantadora. A mí más bien me parecía algo nerviosa.

Hice un rápido recuento de cuándo fue la última vez que alguien me invitó a comer. La oferta no sonaba nada mal, y ya que ella parecía tener todo el dinero del mundo a su disposición, concluí en que sería descortés de mi parte no tomar en pie su oferta.

—Pediré una tortilla de huevo, un jugo de naranja, pan tostado con mermelada y una rosquilla.

Natalia se quedó con la boca entreabierta, al contrario de mí, que más que nada esbozaba una de esas sonrisas inocentes de buen niño.

—Estás muerto de hambre ¿verdad?

La sonrisa se me borró.



—Supongo que tu vida no vale un desayuno completo ¿cierto?

—Está bien. Creo que yo pediré lo mismo.

-----—Natalia—

Leo comía como una velocidad voraz, como si nunca en su vida hubiese probado una tortilla de huevos. Bebía grandes sorbos de su jugo de naranja y atacaba sin piedad al pan tostado. Una llovizna de migajas caía sobre la mesa mientras que yo a penas cortaba un pedacito de mi desayuno y me lo llevaba a la boca.

—Espacio... —susurré. En mi casa nadie comía así. Toda comida era servida en grandes platos y se comía con cubiertos dedicados a cada tipo de alimento.

—¡Wow! Nunca había comido tan bien por la mañana. Creo que no almorzaré. ¿Te comerás tu pan tostado?

—¿Qué? no. Te lo regalo.

Ni bien había terminado de hablar, Leo lo tomó y le dio una mordida. Cuando notó que yo le estaba mirando fijamente, se apresuró a tragar dándose golpecitos en el pecho. Después se limpió la boca con una servilleta y adoptó una pose tan seria que me dio risa su cambio repentino.

—¿Qué hacías en ese callejón.

—Ya te lo dije. Estaba buscando un empleo, y ese hombre se ofreció a ayudarme.

—¿Para qué quieres trabajar? No parece que te falte nada.

—Tengo mis razones ¿vale? —repliqué con una voz demasiado huraña para mi gusto.

—Tampoco es que me importe.

Por alguna razón algo me hizo sentir mal. Al final de cuentas, yo sólo era una niñita mimada en una ciudad tan abarrotada de personas. Darle mi confianza al primer individuo con el que hablaba bien pudo terminar en una horripilante violación. La idea me dio escalofríos y bebí un poco de mi jugo de naranja.

—De todas formas de vuelvo a agradecer. Lo que hiciste fue... valiente.

—Hay que ser fuerte si quieres vivir por aquí. Las calles son rudas, pero los callejones lo son más. Si te vas a quedar por mucho tiempo mas te vale saber defenderte. Yo en tu lugar volvería con mis padres. Tampoco es que los empleos abunden con toda esta crisis.

Me hundí en el asiento, nerviosa y desanimada. Leo tena razón. Había dado en el clavo y en una fibra sensible que me puso de malas porque me hizo recordar lo incómodo de mi situación. Una gran parte de mí todavía no estaba segura de querer seguir adelante. La alarma de sentido común en mi cabeza todavía sonaba con un fuerte estrépito y me estaba dando dolor. Lo único que quería era descansar en algún sitio seguro y caliente.

—¿Pasa algo?

—Bueno. La verdad es que quiero un lugar dónde quedarme. Pensaba en alquilar un departamento ¿conoces algún bien edificio?

Leo se bebió lo último que le quedaba a su jugo y se limpió las manos con la servilleta de papel. Mientras meditaba (esperaba que meditara sobre mí) yo me quedé mirándole con atención. Acababa de notar que sus ojos eran tan verdes como los míos, de una belleza exótica e hipnotizante. Mi abuelo a veces se refería a personas como Leo, en cuya mirada se podía ver hasta el alma. Era una combinación de niñez y madurez, como de un hombre que sabe lo que pasa en el mundo.

—¿A caso has venido sola a ésta ciudad?

—Pues... —me revolví incómoda en mi asiento. Sola no era especialmente la palabra, pero básicamente así era. Asentí.

—¿Por qué?

—¿A caso no puedes dejar de preguntar?

El muchacho de ojos verdes y pecas en la cara frunció las cejas. Genial, pensé yo. Lo había fastidiado con la única persona amable de ésta horripilante ciudad.

—Lo siento —me apresuré a decir—. He tenido un día terrible y sólo quiero darme un baño y descansar.

—Hay un edificio a unas diez cuadras de aquí. Tienen buenos departamentos, si es que tienes el dinero para pagarlo.

—¿Diez cuadras? ¿No hay uno más cercano?

La idea de caminar hasta allí, con tanto frío, un tirante de mi blusa roto y en minifalda no me sonaba nada atractiva. Además, la calle estaba repleta

de gente sucia, de mendigos pidiendo caridad y de muchachos en pandilla. Yo no estaba nada acostumbrada a cosas semejantes. Comencé a extrañar mi hogar.

—Hay otro sitio a la vuelta de aquí, pero está al lado de una cantina.

—¡Agh! No quiero terminar acosada por un montón de borrachos.

Leo se rió y yo, nerviosa, comencé a retorcerme los dedos. Nunca había sido buena para hablar sobre mis problemas. De hecho, no era la mejor en muchas cosas. Ni siquiera podía comunicarme bien con las personas desconocidas, pero el hecho de que éste muchacho harapiento me hiciera reír y me hubiese protegido de aquél cochino asaltante, era algo especial. Como que volvía a tener fe en la humanidad. También sonreí.

—Creo que prefiero ir a la más lejana. ¿Puedes indicarme la dirección?

—Claro.

Iba a sonreír como agradecimiento, pero en ese instante, del otro lado del ventanal, vi un par de caras conocidas. El corazón me dio un brinco y comencé a balbucear.

—Te... tengo que ir al baño —corrí hacia el sanitario y me encerré en uno de los cubículos.

Tranquila, Natalia, me dije a mí misma. No pienses en eso. No pienses en eso. Tenía miedo, y eso logró que me diera ansiedad por comer algo. Una barra de chocolate. Un caramelo. Lo que fuera. ¡Joder! Si seguía así, iba a perder todos esos años de dieta y ejercicio. ¡Engordaría! Casi sentí ganas de llorar por lo desdichada que sonaba mi futuro.

—¿Natalia? —Leo estaba al otro lado de la puerta de baño —¿Estás bien? ¿Necesitas papel?

—¡Cállate!

Salí del cubículo y me miré al espejo. ¡Dios! Era un desastre completa. Mi pelo era una maraña de mechones despeinados. Tenía una mancha de mermelada en la blusa, cuyo tirante roto hacía que se me viera una parte del sujetador. Mi falda favorita también estaba manchada de suciedad, y mis mejillas no tenían nada de color.

—¿Natalia?

—Ya voy.

Respiré profundamente y luego me calmé. Ellos no me había visto ¿verdad? No había forma, o de lo contrario ya estaría con ellos.

Salí cuidadosamente. Leo se veía serio, como si presintiera qué las cosas realmente estaban mal. Miró por encima de su hombro, y luego me sonrió.

—No hay nadie.

—¿Seguro? Espera...

—¿Te están siguiendo?

—Algo así.

—Estás a salvo. Ven.

Me tendió una mano. Era tan extraño que alguien me ayudara. Quería pensar en que Leo era una clase de timador, o algún asaltante bien camuflado listo para ganarse mi confianza. Deseaba creer que era así, pero esos ojos verdes, esa mirada tan tierna. Mi abuelo me había enseñado a reconocer a la gente sincera sólo con verle a los ojos, y los de Leo radiaban confianza. Tomé su mano y él me jaló un poco hacia afuera.

Fuera de la cafetería hacía más frío. Una larga cadena de nubes surcaba el cielo y escondían los rayos del sol. Comencé a echar de menos la calefacción de mi cuarto, y mi larga cama llena de colchas y cobertores. Las piernas se me congelaban.

—Si vas todo derecho, llegarás al edificio. No te puedes perder. Es grande y de color rojo.

—Bueno, gracias. Ah, ten tu chaqueta.

Un caballero hubiera dicho "quédatela", pero Leo la tomó y se la puso. Ahora, con los brazos al descubierto y un tirante roto de mi blusa, el frío era incluso peor.

—Ten cuidado. Y buena suerte. La vas a necesitar.

Me despedí de él, pero me quedé quieta viendo cómo se marchaba, hasta que al fin desapareció entre el mar de gente que iban y venían. Nunca en mi vida vi a tantas personas apresuradas por llegar a alguna parte, y comencé a sentirme tonta y desprotegida. ¿Qué estaba haciendo yo allí?

Respiré, y de nuevo tenía hambre. El viento sopló y me agitó el cabello

despeinado justo en la cara.

Alicaída, y temerosa de que pudieran encontrarme, empecé a caminar. Tenía que abrazarme a mí misma para entrar en calor, y también para esconderme los pechos, que en una ciudad como ésta eran anzuelos para la gente más obscena del mundo. Por primera vez estaba avergonzada de ser bonita. No quería llamar la atención de individuos equivocados.

A tres calles, una mujer alta y de melena roja, tan vieja como mi madre, pero muy guapa, me chistó.

—¿A dónde vas, niña? ¿Necesitas algo de dinero?

Tuve que morderme la lengua para no decir nada inapropiado, y no quería ni pensar en qué clase de negocio trabajaba aquella mujer. Pasé junto a un puesto de comida rápida, y una botella de vidrio se cayó al piso y se rompió. Di un brinco del susto. Poco después, un vagabundo se me acercó con una fea sonrisa de dientes amarillos y me pidió algunas monedas. Su mano extendida estaba callosa, con algunas heridas superficiales.

—¡Déjeme!

Caminé más rápido, mirando en todas direcciones. Oh, Dios. Leo tenía razón. Iba a necesitar mucha suerte si quería salir adelante por mi cuenta. Quería encontrar ya ese edificio y meterme en la cama. Toda la gente me parecía tan sospechosa ¿de verdad pensaba vivir aquí?

Una mano me tocó el brazo y me jaló hacia un lado. Di un gritito, pero me calmé cuando vi que era sólo una triste ancianita encorvada que se protegía del frío con un chal raído.

—¿Tienes algunas monedas para darme, querida?

Por más dura que fuera la situación, no iba a dejar a una viejecita sin comer. Además me recordaba mucho a mi niñera, y lo mala que había sido con ella antes de comprender cómo funciona el mundo. Me esforcé por sonreír y saqué la billetera de mi bolso.

En ese instante todo pareció transcurrir a cámara lenta. Un hombre que estaba detrás de la anciana se me tiró. Agarró mi cartera y salió corriendo en dirección contraria.

—¡Qué lástima! —exclamó la anciana y se fue por otra calle.

Yo me quedé estática, sin saber exactamente qué demonios había ocurrido. Las rodillas me temblaron, y otra vez, el gélido viento sopló y

me congeló los hombros.

Sin dinero, ni documentos, y mucho menos dignidad ni fuerzas para salir corriendo tras el segundo asaltante del día, no pude hacer más que limpiarme las lágrimas de frustración. ¡Maldita sea! ¡¿Qué le pasa a las personas?! ¡¿Tan mala es la situación que tienen que aprovecharse de los más débiles?! Necesitaba a alguien que me ayudara, que me comprendiera. Leo... ¿dónde estás?

—Creo que esto es tuyo.

Con un escalofrío me di media vuelta. Leo, como si mis pensamientos lo hubieran invocado, estaba justo ahí, con mi cartera en la mano. En ese momento me sentí tan tonta, pequeña y triste que casi tuve deseos de abrazarlo. Me alegraba verlo, aunque ni siquiera sabía nada sobre él.

—Ten. Vi a un tipo corriendo con ella y se la quité. Es tuya ¿verdad? Dime que sí, porque si no lo es creo que he...

—¡Es mía! —me apresuré a quitársela y la revisé. Conté los billetes y me reí de alegría al ver que todos estaban ahí.

—Me salvaste de nuevo —le miré a los ojos — ¿Cómo puedo pagarte por esto?

—Unos \$100 no estarían mal.

—Ah... —me sonrojé. ¿De verdad estaba cobrándome? Un caballero de verdad no le haría eso a una dama. Un caballero de verdad diría "no ha sido nada, señorita. Por favor permítame acompañarla hasta su casa".

Sin embargo no iba a ser malagradecida. Saqué un billete de \$100 y se lo ofrecí.

—Gracias, de nuevo —dije.

Leo lo agarró con mucha emoción, y después lo olió. Lo miró a contra luz y se lo metió en el bolsillo.

—Te dije que tuvieras cuidado. No te fíes en las personas.

—¿Ni de ti?

—Bueno, yo soy más genial que ellos.

Le conté sobre la pobre ancianita.



—Ah, vaya. Ya comprendo. No les des dinero ni a las personas mayores. Parece que todavía no entiendes que aquí hay que ser avisado. A tres cuabras y ya te asaltaron por segunda vez.

Me sonrojé visiblemente. Al menos eso hacía que mis mejillas adquirieran color.

—Ven. Te acompaño al edificio.

—¿De verdad? ¡Gracias!

—De nada, ya me lo pagarás después.

Se quitó el abrigo y me lo puso en los hombros. Colocó una mano en mi espalda y me empujó suavemente para comenzar a caminar. Se quedó detrás de mí, protegiéndome. A cada rato yo miraba para ver si él seguía allí, y sí estaba, con una media sonrisa en esos ojos llenos de verdor, como una pradera. Volví la vista al frente y sonreí de auténtica alegría. Al menos Leo no era un sucio ladrón. Era pobre, pero decente. Lo podía inferir en su mirada.

## Capítulo 4

### Noche agitada

El edificio de departamentos estaba a exactamente diez calles adelante. Iba pintado de rojo, y tenía cinco pisos de altura. Ocupaba gran parte de la cuadra y estaba ubicado en lo que según Leo dijo, era la parte más tranquila de la ciudad. Claro, por tranquila se podía entender si vagos o borrachos. Aunque de todos modos me advirtió que por las noches todas las calles eran riesgosas. Yo no tenía intenciones de salir de noche, nunca lo hacía porque era consciente de esos peligros, pues si algo me asustaba más que los sitios con muchísima gente, era la oscuridad.

Leo me acompañó a ver a la casera, que era una señora llamada Margarita, como la bebida, y cuya barriga era tan prominente que el sólo hecho de subir las escaleras hasta el tercer piso ya le suponía un gran trabajo. Por suerte tenía habitaciones disponibles, y durante todo el trecho se la pasó presumiendo de que sus departamentos eran los mejores de toda esa zona de la ciudad. Leo asintió cuando le miré, y si él estaba respaldando a la mujer, pues bueno, le creía.

—Aquí está. El el número 24 —dijo Margarita, abriendo la puerta como si me estuviera invitando a entrar al Valhalla.

Nada más ver lo que me esperaba, sentí deseos de dar la vuelta y regresar. Si bien no era el lugar más terrible del mundo, no era nada de lo que esperaba. Las paredes estaban tapizadas de un papel que hacía mucho tiempo había perdido el alegre color verde, y ahora más bien parecía color moco. El piso era de madera, y crujió cuando Margarita asentó toda su hermosura en él. A mi izquierda estaba el baño, que tenía una tina, regadera y un retrete que gracias a Dios funcionaba. A la izquierda, la cocina constaba de una tarja en una meseta de cemento, un refrigerador pequeño y un par de grandes alacenas vacías. Un poco más adentro había un sillón frente a un pesado televisor de color (que por suerte también funcionaba) y del otro lado el dormitorio, con una cama más o menos grande cubierta de un juego de sábanas azules y almohadas limpias. Un buró al lado de la cama tenía una lámpara de noche y un despertador. En un rincón estaba un escritorio de madera con su respectiva silla y al fondo, el armario, bastante pequeño si lo comparaba con el que tenía en mi casa. Perdón, mi antigua casa.

—Luce bien —dijo Leo, y lo decía en serio—. Es mejor que mi habitación y tiene vista a la calle.

Inspeccioné que la estufa, el refrigerador y la regadera funcionaban adecuadamente, y luego, con las miradas de Leo y de Margarita presionándome (ésta última bastante orgullosa de su edificio) terminé suspirando y aceptando pagar la primera mensualidad del alquiler.

—¿Dónde está tu equipaje? —preguntó Margarita mientras sacudía el polvo de la mesa.

—Vendrá después. Primero me instalaré ¿tiene teléfono?

—Hay uno en cada pasillo. Funciona con monedas. Tenemos la lavandería en el primer nivel y la basura se saca los jueves ¿tienes alguna otra pregunta, querida?

—No, por el momento.

—Bueno, les dejo —y se fue canturreando una vieja canción de The Beatles.

Leo se sentó en mi cama y brincó un par de veces. Los resortes chillaron y no me gustó.

—¿A caso la princesa esperaba algo mejor? ¿Tal vez una alfombra de terciopelo o muebles de oro?

—Ciertamente no estoy acostumbrada, pero servirá. Y es cálida. Al menos no creo que tenga goteras, y por fortuna tiene agua caliente.

—¿Ya me dirás qué estás haciendo aquí? —me miró con mucho interés. Yo no quería responderle, y le lancé una indirecta.

—Muero de cansancio. Será mejor que me duerma un rato.

—¿Esa es una indirecta?

—¿Qué más quieres? No tengo para andar pagándote a cada rato, pero gracias por traerme hasta aquí.

—Sólo hago lo que nadie quiere hacer, y si te dejaba allá afuera, ibas a ser carne para los tiburones. Un pastelito como tú no duraría mucho por aquí.

El hecho de que me dijera "pastelito" no me desagradó tanto como el que sugiriera que yo era una debilucha. Si bien era cierto que en éste sitio me sentía desprotegida, insegura, temerosa y con ganas de llorar, no tenía que sugerir lo evidente. Sí, yo era un manojito de nervios con patas, pero

tenía un poco de dignidad. Y era una dama. Levanté el mentón.

—Gracias por acompañarme, joven Leo. Ahora, si no le molesta, quisiera tener un poco de privacidad para encargarme de lo mío —. Usé ese tono tan cordial y elegante que mi institutriz francesa me había enseñado y que garantizaba sorprender a cualquier caballero. Leo sólo se rió.

—¿Qué fue eso? ¿A caso eres del siglo XIX?

—¡Cállate! —exclamé, sonrojada. Me dirigí a la puerta y la abrí —. Adiós.

—Bueno, bueno. No tiene porque molestarse, majestad —mencionó haciendo una exagerada reverencia y quitándose la gorra —. ¿A qué hora quiere que le traiga su carruaje?

—¡Leo!

—Bien —se rió por última vez y luego se puso tan serio que su mirada me empujó —. Ten cuidado. Trata de no salir sola por las noches. Lo mejor será que hagas amigas en éste sitio. Creo que Margarita tiene una hija más o menos de tu edad. Sería bueno que comenzaras a rodearte de personas.

—¿Qué no habías dicho que no confiara en nadie?

—Ah, chica lista.

Sonreí y puse los ojos en blanco.

—Bye, Leo.

—Leo—

Estaba cayendo la tarde cuando volví a casa con casi \$400 en la bolsa. No era mucho, pero al menos alcanzaría para comprar algo decente para cenar. Estaba harto de que mi familia sólo comiera sopas instantáneas y de que mi madre le pidiera leche a la vecina. A mi padre esto no parecía enojarle, porque él, a pesar de sus borracheras y su malhumor siempre decía que las personas tenían que ayudarse los unos a los otros.

Supuse que fue ese principio el que me movió a ayudarle a esa chica ¿cómo se llamaba? Natalia ¿cierto? Natalia. Natalia. Era de esos nombres que si los repites cientos de veces dejan de tener sentido; pero yo, por más que lo repetía, no lograba alejar la imagen de esa pobre rubia a punto de ser violada por ese sujeto. La cara de su miedo, la desesperación que vi en el verdor de sus ojos y la forma en la que lloraba mientras se preguntaba qué le estaba pasando a las personas, para mí era algo nuevo y me daban en qué pensar, porque allá afuera sin duda había todo un

mundo desconocido para mí, con personas a las que un robo puede parecerles el acto más bajo del mundo, y para mí (y muchos de los vivimos acá) es algo de todos los días.

Natalia se había metido en una selva. ¿Qué le íbamos a hacer? Si era esa su decisión, dijera lo que dijera nada la iba a cambiar de parecer.

—Escuché que habrá otra manifestación próximamente —dijo mi padre mientras comía atún de una lata.

—¿Piensas ir, Ibraham? Ya sabes lo que pienso de esas manifestaciones.

—Si la gente no grita lo que tiene que gritar, toda esa tensión se irá a parar a otra parte. Y ya es hora de que ese estúpido gobernador nos escuche. ¿Sabes? La lavandería que está frente al taller mecánico cerró. Al parecer, con el ingreso no le alcanza ni para pagar el recibo de la luz. Ya sabes cuánto consumen esas lavadoras enormes.

Mi madre sólo arqueó la ceja y suspiró. Ese era su forma de decir "¿Qué más le vamos a hacer?".

—¿Qué hay de ti, muchacho? ¿Cómo va esa búsqueda de trabajo?

—No hay nada —le dije, y era cierto. Pensé que, como siempre, se enojaría. Ésta vez sólo carraspeó.

—Es verdad. Estaba pensando en que deberíamos de mudarnos.

—¿A dónde? —levantó la vista mi madre con mucho interés, o más que nada, miedo. A ella no le gustaban los cambios.

—Con mi hermano. Él sí que tiene un buen trabajo como ingeniero electromecánico. Yo podría trabajar para él. El único problema es conseguir dinero para la mudanza. Está demasiado lejos, maldición.

No me pude terminar la cena. La idea de dejar la ciudad me impresionaba a tal grado de que comencé a temer qué sería de mí en un mundo más allá de estos grandes edificios y calles plagadas de personas egoístas en su mayoría. ¿A caso me encontraría tan indefenso como lo estaba Natalia? Y por cierto ¿cómo era posible que ella viniera aquí, si había gente como mi padre que lo único que deseaba era irse? Eso sólo evidenciaba lo loca que estaba esa muchacha. Sin alguien que la ayudara, no duraría lo suficiente.

Miré el reloj y me pregunté si ella estaría cenando, o dándose una ducha de agua tibia. Pensar en eso último lanzó una corriente de electricidad por todo mi cuerpo, y después, una sucesión de imágenes de ella deslizándose la espuma por la piel de sus piernas, peinando su cabello rubio y

poniéndose brillo labial. Me sonrojé y bebí mi jugo de manzana de un sólo sorbo y tan rápido que casi me ahogué con él. Mi padre me dio unos golpecitos en la espalda.

—¿Estás bien, muchacho?

—Sí. Sólo estaba pensando en... no. Nada.

—Dilo. Sería bueno tener algo de conversación, ya que a tu madre parece que los ratones le comieron la lengua.

—Ibrahim... déjame tranquila.

Mi padre se rió sonoramente y me dio otra gran palmada en la espalda.

—Escupe, chico. ¿En quién pensabas? ¡Ah! Conozco esa mirada y esa sonrisa. ¿Es una mujer? ¡Dios quiera que fuera una mujer!

Hasta mi madre se rió. La primera en muchos días.

—Es una chica que conocí. Se acaba de mudar a la ciudad.

—No debe de ser muy lista que digamos —dijo él, y tenía razón. Se bebió un sorbo de cerveza —. Dinos más, más ¿cómo es?

—Es... rubia. De ojos verdes. No sé qué vino a hacer, pero le ayudé a encontrar un departamento en la zona segura.

—¿Vino sola? —mi mamá arqueó la ceja.

—Sí. No está bien ubicada. Cree que toda la gente es buena. Le robaron su cartera, pero vi al asaltante y se la quité.

—¡Já! —exclamó Ibrahim y me dio otro golpe fuerte en la espalda —¡Ese es mi chico! —dijo con orgullo.

—Tampoco fue la gran cosa. Ahora debe estar sola en su departamento. Buscaba trabajo.

—¡Llévala al taller! —sugirió mi padre en broma, o eso esperaba —. La vestiremos de mecánica para atraer clientes.

—Ibrahim, no seas vulgar.

—¿Cómo se llama esa chica?



—Natalia. No sé sus apellidos.

—Pues si te ha hecho sonrojarte así, debe de ser buena persona. Deberías presentarla. Le prepararemos un banquete de sopo instantánea, galletas y café ¿verdad, Sofia?

—Sí —rió mi madre ante el evidente sarcasmo de su esposo.

Ya bien entrada la noche, me acosté en mi chirriante colchón y me puse a pensar en Natalia y en lo que estaría haciendo a éstas horas. ¿Podría conciliar el sueño en su primera noche lejos de casa? ¿qué la había impulsado a venir hasta aquí? ¿realmente pensaba que buscar un trabajo iba a ser pan comido? ¿estaría a salvo? Durante un momento me pareció divertida la idea de llevarla al taller mecánico para que le pusieran oboles, un casco y una gran llave de tuercas en el hombro. Se vería como una sexy amante de los coches.

Me senté. No lograba pensar en otra cosa que no fuera en ella y su seguridad. Sentía algo muy raro recorrerme la mente, como aquella vez que rescaté a un gato perdido de la calle y lo alimenté hasta que fue lo suficientemente grande como para irse. ¿Responsabilidad? ¿qué clase de responsabilidad podría tener con Natalia?

Y entonces, movido por un extraño sentimiento de no saber qué hacer para aliviarme y sacármela de la cabeza, decidí ir a verla. No era tan tarde, de hecho. A penas iban a dar las diez, y la ciudad no se apagaba completamente hasta la media noche, dependiendo del clima, por supuesto, que en ésta zona del país casi siempre era lluvioso.

Agarré mi chamarra y salí de la casa. Un viento gélido sopló, trayendo consigo el aroma de comida frita y a gases de tubo de escape. De seguro Natalia ni siquiera estaba acostumbrada a respirar ésta clase de olores. Si era alérgica al polvo, se las iba a ver negras.

Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo y fui en dirección al edificio de Margarita, pensando en que me sentía tranquilo de que ella quedara al cuidado de esa señora rechoncha. No era mala, sólo muy entrometida, y eso garantizaba que mantuviera los ojos puestos en Natalia. Tal vez así podría ella vigilarla para que no cometiera la estupidez de salir en minifalda a la calle.

Cuando llegué, vi un lujoso coche negro estacionado justo en frente del edificio. No supe por qué, pero me dio un mal presentimiento. A toda prisa, extraño, subí las escaleras y me asomé por el corredor. Todo estaba en silencio. La puerta del departamento, cerrada. Acerqué la oreja a la madera y traté de oír algo más que voces apagadas.

—¡No volveré!

—Deberías de comportarte con madurez, Nat!

Era la voz de un hombre.

Me asomé por el agujero de la puerta por el que se entregaba el correo y vi a dos personas dentro. Vi las piernas de Natalia y las de otro sujeto, vestido de traje de ejecutivo. Discutían, o más bien, la muchacha era la que alzaba la voz.

—¡Pues ve y dile que no pienso hacerlo! Ya soy independiente.

—Sólo estás escapando, cobarde.

El ruido seco de una cachetada. Natalia era más ruda de lo que pensé. El hombre se quedó en silencio unos segundos, y luego, con la voz furiosa, gritó.

—¡No vuelvas a pegarme!

—¿Te dolió? ¡Que niño eres!

No lograba ver todo, sólo sus piernas. Pero eso fue suficiente cuando noté que empezaron a forcejear. Natalia gritó, y una corriente de electricidad se disparó a todos mis músculos. Giré el pomo de la puerta y entré a toda prisa. A partir de ese momento perdí el control de mí mismo. Cuando vi al tipo sujetando los brazos de Natalia, corrí y lo empujé. Cayó al piso.

—¡Leo!

—¡Aléjate de ella! —grité.

—¿Y quién carajos eres tú?!

Era un hombre más alto que yo, rubio y de ojos azules, como un alemán de mandíbula cuadrada. Cerró los puños y antes de que pudiera contestarle, me metió un golpe en la quijada. Natalia volvió a gritar. Todo a mi alrededor dio vueltas. Recuperé el equilibrio y fui con todo contra él. Caímos al piso. Me puse a horcajadas sobre su estómago y le metí dos buenos puñetazos en la cara. Él me pegó justo en el costado. Me mareé y logré ponerme de pie. Después sentí su puño contra mi mejilla y caí sobre el escritorio.

—¡Ya es suficiente!

Natalia se metió entre ambos. Tanto el tipo alemán como yo respirábamos

sin resuello, con la cara roja de la furia. Bueno, él se veía rosado.

—¡Vete, Alfons!

Así que sí era alemán.

—Terminemos esto afuera, niño entrometido.

—Cómo quieras —dije, limpiándome la sangre.

—No. Leo, vete ahora mismo.

—Pero...

—¡Largo!

Me dio tanta furia que ella me sacara de esa manera cuando yo sólo quería ayudarla. Furia, y después, tristeza.

Salí de su departamento, del edificio, y me refugié detrás de un contenedor de basura. La sangre todavía hervía dentro de mis venas. Pensé en mis próximos movimientos. Cuando ese sujeto saliera, iba a enterarse.

Por desgracia salió con Natalia. Vi cómo ella lo llevaba hasta su coche. Le decía algunas palabras y después, él se iba y arrancaba quemando llanta por el pavimento. Dentro de mí me hice una promesa de que cuando lo volviera a ver, iba a obtener mi revancha. Nadie me golpeaba, y mucho menos un alemán.

Natalia se dio media vuelta justo cuando salía de mi escondite. Ahora que me recuperaba de la impresión, los dolores de los golpes de verdad que me estaban afectando.

—¿Leo? ¿Qué demonios haces aquí?

—Vine a ver si estabas bien —me limpié el labio. No dejaba de sangrar  
—¿quién era ese?

—Mira como estás. ¡Ay, Leo! No puedes saltar encima de la gente así como así.

—Te estaba lastimando.

Se tocó los brazos.

—Tenía la situación bajo control. Entra, te pondré un poco de hielo en el

labio.

—¿Qué no querías que me fuera?

—No seas orgulloso y ven conmigo —luego de que se acercó para verme mejor bajo la luz de la farola, me pareció percibir en ella una sonrisa. Quizá sólo fue mi imaginación —. Te dieron una paliza, tonto.

—Qué observadora.

## Capítulo 5

### EN NINGÚN LUGAR ESTOY SEGURA

-----Natalia-----

—Él sólo vino a traerme el equipaje —le expliqué a Leo mientras le limpiaba la sangre del labio con un papel desinfectado—. No es la gran cosa.

—¿Es tu novio?

—No —sonreí, y sólo por intuición femenina, pude ver un pequeño, diminuto rastro de celos asomándose en sus ojos verdes. La idea de que Alphons pudiera ser mi pareja me daba escalofríos, y preferí no hablar más de ese tema—. Me sorprendió que aparecieras, y más todavía cuando le asaltaste a golpes. Eres muy impulsivo.

Él se lo tomó como un halago, y aunque a mí me hacía sentir segura que él rondara en mis cercanías, no deseaba que algo malo le sucediera. Alphons era un creído y solía presumir mucho de las raíces de su familia y lo mucho que sus antepasados habían logrado cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. A mí, por otro lado, me repudiaba profundamente. Su familia tenía la mancha de la S.S, y su unión con el movimiento Nazi. Alphons aseguraba no ser uno, pero a veces yo pensaba justo lo contrario.

—Creo que así está bien —se quejó Leo.

—No, espera, me faltó un poco de sangre por limpiar.

—Dije que está bien —masculló y me tomó de la mano. Sus dedos estaban fríos, pero se sintió especialmente cálido cuando me miró y suavizó su rostro—, no tienes de qué preocuparte. Soy un hombre.

—Un hombre al que le acaban de dar una paliza —reí para calmar el ambiente—. Gracias por preocuparte por mí. A penas te conozco, y ya estás saltando para defenderme.

—Te salvé una vez —dijo como si no fuera la gran cosa. Para mí, lo era—. Sería tonto si te dejo desamparada por segunda ocasión.

—Pues todavía así, gracias.

Leo desvió la mirada a los cuadros que había colgado en mis paredes, y mientras lo hacía, yo me le quedé mirando con algo muy parecido al

afecto, aunque no lo era. O eso esperaba. No podía creer que me estuviera encariñando con un desconocido y mugriento muchacho, como lo había llamado Alphons. Y sin embargo, lo sentía así. Hasta ese momento no se me había ocurrido la posibilidad de volver a verle. Estaba equivocada. Iba a ser justo lo contrario. Leo continuaría apareciendo en mi vida. Yo esperaba que fuera así. Además, iba a necesitar un guía y a alguien con quién charlar.

—Leo ¿me acompañas mañana a buscar un trabajo?

Di que sí, pensé.

—Claro —volvió la vista hacia mí, desinteresado—. Creo que he visto uno en la cafetería donde fuimos a desayunar. Eso si no te importa ser camarera.

—Me parece bien. Además, si tengo miedo, al menos estaré donde hay mucha comida.

Leo sonrió. Era tan osado que incluso se atrevió a poner su mirada en mí por tanto tiempo que yo no pude resistirlo y aparté el rostro, fingiendo mirar los cuadros que pendían de la pared. Claro, que con mi piel clara fui incapaz de ocultar mi sonrojo.

Se levantó.

—¿Crees que ese sujeto vuelva?

—No. Trabaja por la mañana.

—¿A qué se dedica?

—Su padre tiene un negocio de exportaciones. Él va a ser el heredero, así que tiene que aprender del jefe.

—Uhm... parece que le va bien.

—Ni tanto.

—¿Te... gusta?

Su pregunta me sorprendió en exceso, y de repente me sentí culpable, como si él hubiera tocado una fibra sensible. Alphons rotundamente no me gustaba como una posible pareja. Era guapo, cierto, pero había algo que le faltaba y yo no sabía exactamente qué. Le contesté a Leo con la verdad, como si temiera de que de no hacerlo, él se enfadaría.



—Para nada. Es amigo de la familia, y por eso me trata como a su hermana menor.

—Bueno. En ese caso está bien.

¿Le alegraba que no viera a Alphons con otros ojos? Lindo.

—Me iré a casa. Tengo que dormir algo. ¿A qué hora te veo mañana?

—A las ocho, si puedes.

—Aquí estaré.

Le acompañé hasta la puerta y continué con los ojos puesta en su espalda mientras bajaba las escaleras y se alejaba de mi vista. En ese momento quise pedirle que no se fuera, y me apené de ese sentimiento, que rápidamente cerré y me quedé pegada en la madera de la entrada. Al verme sola y sin él volví a sentirme desprotegida. Hasta que me acostumbrara a mi nueva vida iba a necesitar de Leo.

Alguien que golpeaba a mi puerta me despertó. Esa mañana hacía frío y yo había dormido con mi suéter y mis calcetines. Extrañaba mucho la calefacción de mi cuarto y mi gran cama con dosel. También a Fusi, mi gata siamesa, que me calentaba por las noches. Adormilada y envuelta en el cobertor, miré por el ojo de buey.

—¿Natalia? Ya son las ocho.

Era Leo.

—Sí, pasa.

Entró sonriente como si éste frío le hiciera sentirse bien, mientras que yo estaba a punto de volverme una paleta congelada. Le pedí que me esperara mientras yo me metía a la ducha tibia para calentarme.

—¿Quieres que te prepare algo de café? —preguntó al otro lado de la puerta.

—Sí, por favor.

Me miré al espejo por un largo rato. El vapor de agua condensándose empañaba mi reflejo, el cual era algo nuevo para mí. Sin esos costosos maquillajes ni los cuidadosos peinados una nueva Natalia parecía estar surgiendo. La real, por cierto. Ya no necesitaba de los polvos provenientes de París, ni de los labiales importados desde Italia, ni de las joyas caras. A

partir de ahora iba a bastarme con lo básico.

Me puse ropa abrigadora y salí del baño. El aire se había llenado del exquisito aroma del café. Leo estaba sentado en la mesita de la cocina, con una taza en las manos y otra justo frente a él.

—El café es lo mejor cuando se trata de un día frío. Y te ves mejor sin la minifalda, por cierto.

—Fue pésima idea traerla —di un sorbo. La bebida estaba tan tibia que me bajó como un elixir y mi sangre se encargó de distribuirla por todo mi cuerpo —Leo, éste es el mejor café que he probado. sorprendida.

—¿Verdad? Nadie hace café como yo.

—Sí —di otro sorbo. Ya comenzaba a sentirme mejor. No sabía si era exactamente por el café... o porque él estaba aquí. Decidí no darle más importancia —¿vamos a ver ese empleo que me dijiste?

Unos minutos más tarde ya estábamos en la calle, rumbo hacia la misma cafetería donde le vi comer como si nunca antes lo hubiese hecho. Leo iba, como siempre, detrás de mí. Me ponía nerviosa tenerlo a mis espaldas porque podía sentir su mirada puesta en mí, y a cada rato miraba por sobre mi hombro para asegurarme de que seguía ahí. Era como si... tuviera miedo de que él me abandonara.

Cuando llegamos me mostró el cartel donde se solicitaba camarera de turno completo. Eso significaba que iba a trabajar todo el día en un sitio caliente, seguro y con el delicioso aroma de la comida flotando en el aire. Si me ponían en la cocina de vez en cuando, disfrutaría del calor de la estufa. Además no era un sitio de mala muerte como una cantina. En su mayoría estaba frecuentada por hombres de negocios, estudiantes y señoras ricachonas que iban a beber algo caliente.

—El invierno es peor —dijo Leo como si eso sirviera para calmarme.

—¿Con quién tengo que hablar?

—Yo me encargo. Ven conmigo. Conozco al jefe.

El dueño de la cafetería era un hombre de edad avanzada llamo Abner. Nada más verlo, me recordó a mi abuelo, que en paz descansa. Tenía una sutil mata de cabellos pálidos, y unas cejas pronunciadas. Olía a comida frita y a una mezcla de café. La piel morena de sus manos, curtida por años de trabajo, sólo demostraba que ese hombre estaba acostumbrado a trabajar, y que sabía por completo el significado de esa palabra. Era de

esos ancianos que transmiten sabiduría sólo por la mirada.

—Viejo —dijo Leo en tono amistoso—. Ésta es mi amiga Natalia. Está interesada en trabajar para ti, si es que la aceptas.

Abner me analizó de pies a cabeza.

—¿Tienes experiencia en esto?

—Sí —le mentí. Estaba mal, pero era necesario.

—¿Por qué quieres trabajar?

—Es que... acabo de llegar a la ciudad y necesito algo que hacer para sostenerme y no seguir dependiendo de mi familia. Vivo cerca, a unas cuantas calles.

—Es buena en lo que dice, viejo. Además mírala. Es tan guapa que a los clientes les encantará.

—Ciertamente es como una flor en medio de un campo de espinas.

Meditó, y meditó durante largos minutos. Mientras tanto daba gritos a sus empleados en la cocina para que se apuraran con las órdenes. Vi que de verdad necesitaba ayuda para atender a las mesas. En serio quería ese empleo. Lo necesitaba con urgencia.

—Está bien. Si Leo dice que puedo confiar en ti.

—Respondo por ella —dijo él, y me lanzó una mirada de advertencia.

Ahí iba de nuevo mi corazón dando brincos. Los ojos de Leo mostraban una vez más un total desinterés en lo que hacía. No buscaba que yo le diera nada a cambio. Lo estaba haciendo de corazón. Sonreí, apenada.

—Le agradezco la oportunidad, señor Abner.

—Empezarás de inmediato. Ve atrás y ponte un delantal. Lo más importante aquí es la atención al cliente, así que a sonreír. Nada de malas caras.

—A la orden —me giré hacia Leo—. Te debo tanto. Te pagaré, de verdad.

—Invítame a desayunar, con eso es más que suficiente.

—Seguro que sí.

—Bueno, me voy. Vendré a verte cuando salgas.

¿Iba a venir por mí para cuidar mi camino a casa? Las rodillas me temblaron, y cuando él se alejó, ese sentimiento de soledad me volvió a invadir.

Trabajar como camarera no era tan fácil como había pensado. Con la mirada examinadora de Abner y el barullo de los clientes que clamaban café como si fuera una droga, me hice tantos enredos que acabé totalmente exhausta. Desde memorizar los pedidos hasta acordarme qué mesa los había ordenado, pronto empecé a extrañar sentarme. Las piernas me dolían, y el olor de la comida frita me estaba dando mareos. Casi no tenía apetito, pero disfruté de mi hora de descanso como si mi vida dependiera de ello.

Leo no volvió en ningún momento, y tampoco recibí llamadas de Alphons. En verdad estaba sola, y aunque me notaba nerviosa por desenvolverme, en el fondo, me alegraba estar haciendo mi propia vida, lejos de los problemas de mi hogar. Además, los que me perseguían tampoco aparecieron. Traté de quitarme de la mente ese asunto. Era difícil. Constantemente me sentía bajo la vista de ellos, como si se escondieran por entre las sombras, esperando a que me descuidara para llevarme de vuelta a casa, o cosas todavía peores.

Mi primer turno se terminó. A mí me pareció que había transcurrido todo un año. Llegó la hora de cerrar y fue entonces que al fin pude quitarme el mandil y me senté para descansar mis doloridas piernas. No soportaba ni los zapatos, y mi cabello estaba tieso. Además olía a comida, y hamburguesa. Qué asco.

Esperé a Leo con el palpable temor de que no fuera a venir. Del otro lado de la ventana podía ver la oscuridad de la noche, y el frío empezó a ser peor. Suspiré una y otra vez, jugando con mi teléfono y sintiéndome tentada a hacerle una llamada a Alphons para que viniera a buscarme. El simple hecho de caminar las diez cuadras hasta mi departamento bastaba para ponerme los pelos de punta.

Leo llegó al fin. Cuando lo vi, mi primera reacción fue la de caerle a golpes porque me molestaba que no hubiese llegado antes.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias —dije con tono indignado.

—Te ves estresada. ¿Cómo lo hizo, viejo?

—Bien —contestó el anciano, limpiando la barra. Leo sonrió, como si ese

"bien" fuera gracias a él.

—Andando. Quita esa mala cara.

—¡Hmp! Pensé que no ibas a llegar.

A penas me levanté, él acercó el rostro y olió mi cabello. Eso hizo que me quedara paralizada. Era la primera vez que lo sentía tan cerca, y mientras él olfateaba mi pelo, yo inhalé el aroma a chocolate que se desprendía de su ropa.

—Qué rico. Hueles a hamburguesa —mencionó como si fuera un cumplido. Aunque no era así, dio el mismo resultado. Quería oler a hamburguesas el resto de mi vida.

Mi hora de salida coincidía con la de muchos otros empleados, y a esa hora la calle estaba abarrotada. El aroma de los puestos de comida y salchichas era tan fuerte que, después de pasar todo el día oliéndolos, se me empezó a revolver el estómago. O era por eso, o también podría ser porque Leo me estaba llevando de la mano.

—Espera. Compraré unos perritos calientes. Te van a gustar, Nat.

¿Nat? Nadie me decía Nat, además de mi familia. Desde niña aquél había sido mi sobrenombre, y me hacía sentir en confianza.

Leo pidió la cena. La pagó él, extrañamente, y continuamos hacia mi departamento.

—Parece que estás muy cansada. Tu primer día aquí y ya quieres renunciar.

—No voy a renunciar. Además es un buen sitio para trabajar. Los clientes me agradaron.

—Tal vez fue al contrario.

Me reí.

—Puede ser.

Subimos las escaleras del interior del edificio hacia el tercer nivel. Por dentro, los nervios me lanzaban descargas eléctricas por todo el vientre. Iba a cenar con Leo, y la perspectiva de estar solos en mi departamento me daba una extraña sensación de bienestar. Además, sus dedos enlazados con los míos me hacían sentir segura. La parte racional de mi mente, sin embargo, todavía no estaba convencida de querer relacionarme con él más allá de ser simples conocidos. Por otro lado él

mismo me había dicho que no confiara en nadie. Y "nadie" también lo abarcaba a él.

—¿Qué demonios? —exclamó y me sacó de mis pensamientos.

Leo se separó de mí y corrió por el pasillo. Había un hombre de aspecto sucio intentando entrar a uno de los departamentos. Hasta que Leo lo empujó y el sujeto, corriendo acobardado, pasó junto a mí, no me di cuenta de que era mi pieza la que estaba en juego.

—¿Era... un ladrón?

Él asintió.

—Se habrá colado. Le diré a la casera que tenga más cuidado.

—Pero... pero, hay un guardia de seguridad ¿no?

—No lo vi en la recepción.

Me quería morir. Tanta delincuencia me estaba poniendo los nervios de punta. Quería mandarlo todo al carajo y volver a mi casa para enfrentarme con otros problemas. Quise incluso llorar y arrepentirme de todas las tonterías que estaba haciendo. Dios... era tan cobarde yo por haber...

—No tengas miedo. No volverá a pasar —dijo Leo y me abrazó.

Era la primera vez que un hombre que no fuera de mi familia me abrazaba. El olor a chocolate que se desprendía de él fue tan dulce, que sin poder resistirme, lo envolví con mis brazos. Oh, leo... ¿qué haría sin ti?

## Capítulo 6

UN MUNDO DE LOCOS, O NO TANTO.

—¿Todavía no me dirás que es lo que escondes?

Dejé el perrito caliente a un lado. De entre todo el silencio ¿por qué Leo tuvo que romperlo con esa pregunta? Le miré a los ojos unos segundos. Su verdor transmitía seguridad y confianza, no sólo en sí mismo, sino también para los que le rodeaban. Suspiré.

—Es complicado de explicar. Mi familia tiene algunos problemas económicos, y me salí para no causarles más problemas. Los tipos que me perseguían el otro día me andaban buscando para llevarme a casa. Eso es todo.

Esperaba que le bastara con esa explicación. Sin embargo, Leo no era del tipo de chico que se dejaba engañar con facilidad, y yo estaba segura de que él ya había oído peores mentiras antes. Me escrutó con la mirada durante un largo rato hasta que me sentí incómoda, desnuda ante él.

—¿Qué?

—Nada.

No volvió a preguntar por el resto de la noche, y eso me gustó. Lo que sucedía era muy asunto mío, y no deseaba que él se involucrara. Por su bien. Y fue entonces que ese pensamiento me llevó a otra conclusión: Leo definitivamente estaba pasando a ser parte de mi vida. La nueva. Y prefería que se quedara en ella y no supiera de la pasada, ni quién era yo o qué iba a ser de mí y de mis seres queridos.

—¿Qué hay de ti? ¿Vives con tus padres? ¿trabajas en algo?

—Vivo con ellos. Mi papá es mecánico y mi madre se dedica a la costura. Es difícil tener un buen empleo en esta ciudad, así que yo no tengo nada que hacer. Nunca he encontrado trabajo.

—¿Y por qué no tomaste el de la cafetería?

—Porque tú lo necesitabas.

Me sonrojé y miré mis rodillas. ¿A caso él tenía el don de hacerme sentir

bien y culpable a la vez?

—Me tengo que ir —soltó, como si se hubiera enojado. De nuevo sus ojos reflejaban algo desconocido para mí —. Mañana hay mucho qué hacer.

—Pensé que no trabajabas.

—Pero siempre hay algo más en lo que me ocupo.

Quise pedirle que no se fuera, y que en cambio se quedara en mi sala a cuidarme de que ningún sujeto entrara de contrabando. Me di cuenta, en ese momento, cuando le vi bajar por las escaleras, que además de sentirme sola, estaba dependiendo de él en exceso. Y no me agradó tener ese sentimiento de debilidad. Si quería poder subsistir en medio de ésta crisis, lo mejor era que aprendiera a cuidarme por mi cuenta. Leo me había dado algunas reglas básicas, como la forma de vestir para pasar inadvertida, y hasta que no confiara en las personas. ¿Ni siquiera en él? Pues sí que era irónico, porque pensaba que mientras él estuviera a mi lado yo podría ir rincón más oscuro de la ciudad.

Durante el resto de la noche me la pasé pensando en cómo ser una persona más fuerte para que él ya no tuviera que arriesgarse por mí. Ya había peleado contra Alphons, con el vago que me iba a violar y con el tipo que deseaba entrar a robar a mi departamento. El trabajo que yo tenía era gracias a su sacrificio, y me convencí de que yo lo necesitaba tal vez un poco más que él. Leo debió de llegar a la misma conclusión y por eso me lo cedió. Además, me fue a buscar a la cafetería, y que quedó conmigo a cenar hasta que yo me sentí más tranquila.

En medio de la oscuridad, mientras el ruido de las calles se apagaba, sonreí y el rostro de Leo me llegó a la mente como un fantasma que se aparecía en la penumbra. Esos ojos verdes, esa sonrisa y esa actitud de chico responsable, capaz de sacrificarse por una dama como yo, de pelearse contra los malos y de guiarme por ésta terrible sociedad donde el amor cada día se muere, todo eso hizo que no pudiera quitármelo de la cabeza. Definitivamente tenía que hacer algo por él más que meterme en problemas y decirle "gracias" a cada rato.

Al día siguiente me desperté con una resolución: iba a ser más fuerte que el día anterior. Bien, quizá no fuera la decisión más asombrosa del mundo, pero yo no quería pertenecer a esas personas que se levantan sin metas en la cabeza, ni logros que los mantengan a flote. Leo me dijo que necesitaba ser valiente y avispada para subsistir en un mundo como éste. Esa lógica bien podría aplicarse al interior de uno mismo, que en cierta manera también es una gran ciudad con baches y obstáculos. Si no era valiente conmigo, daba igual lo bien que lo hiciera en el exterior.



Fui a trabajar con los ánimos hasta el tope, y ésta vez tomé la decisión de dejar de ver lo malo del mundo y concentrarme en lo bueno. Las risas de las personas, los cotilleos de las ancianitas recordando su juventud, la piel curtida de los obreros que construían un edificio a la vuelta de la esquina sólo para poder llevarle a su familia algo del escaso dinero. Cuando una se concentra en todo eso, bueno, el resto de las cosas dejan de ser tan grises.

—Natalia, limpia la mesa tres —me pidió Abner.

—Enseguida.

Sí, un poco de trabajo duro era todo lo que necesitaba para aclararme la cabeza.

Poco después esa concentración se rompió cuando varias personas empezaron a desfilar por la calle. De una decenas, pronto pasaron a ser docenas y luego, todo un tropel de gente que gritaba "¡No más impuestos!" "¡La vida no se compra!" "¡Trabajo seguro, obrero contento!" algunos llevaban grandes pancartas, y se veían furiosos gritando al aire.

—Otra manifestación —dijo Abner. Yo retrocedí de la ventana cuando oí que una botella se rompió en algún lado. Él anciano me puso una mano en el hombro —. Será mejor que cerremos por ahora.

—Sí.

Corrí a la puerta y puse el candado. Luego bajé la cortina metálica con ayuda de otra camarera. A través de barrotes de hierro que protegían el vidrio del ventanal, yo y los empleados pudimos ver cómo toda esa gente se rebelaba contra el mal gobierno.

—¿Qué quiere decir "la vida no se compra"?

Abner suspiró con cansancio.

—El gobierno quiere cobrar impuesto por el número de hijos en cada familia. Hay personas que tienen hasta cuatro niños y no tienen empleo para mantenerlos.

—¿Cobrar por tener hijos?

—Y también hay una ley que quieren aprobar para que cada pareja tenga que pagar una cuota si decide tener un bebé. En teoría eso puede servir para acabar con el problema de los embarazos no deseados, pero ¿qué hay de las personas que sí quieren tenerlos?

Un par de botellas de vidrio se estamparon contra el protector. Yo grité y retrocedí. ¿Qué le pasaba a las personas? ¿Por qué nos atacaban?

—Esos malditos —gimió Abner—. No les gusta que haya gente como nosotros. Tenemos trabajo, y no salimos a protestar. Nos ven como unos traidores.

—No es nuestra culpa tener empleo —murmuró Wendy con desdén.

En efecto, no era culpa nuestra haber alcanzado algo que hacer y que nos produjera dinero; pero la gente de allá afuera no lo veía de ese modo. No sólo nuestro negocio la pasó mal. Una tienda de ropa que estaba enfrente terminó con los vidrios rotos y los vestidos en el aparador, pintados con aerosol.

—¡Eso ya no es protestar! ¡Es delincuencia! —exclamé—. Deberían meterlos a la cárcel.

—Si la policía viene será peor —añadió Wendy y me acarició la espalda—. Ay, cariño, en qué lugar te viniste a meter.

No tardó mucho para que la policía se dejara oír. Las sirenas eran muy fuertes, como si sonaran desde todas direcciones. Los gritos de protesta se volvieron insultos y maldiciones. La gente se dispersó y corrió mientras unos oficiales montados a caballo pasaban entre ellos y les pegaban con sus porras. Los caballos relinchaban y corcoveaban para asustarlos. Una mujer recibió un golpe y fue a parar al suelo, donde un señor le ayudó a levantarse.

—Así es siempre —dijo Abner—. La policía reprime a los manifestantes y siempre que pueden, los golpean.

—Y eso que están para protegernos —Wendy parecía inusualmente molesta con todos. Me dio miedo de que su furia la llevara a salir y a meterse en el camino de los caballos.

La policía montada logró, después de unos quince minutos, dispersar a toda la muchedumbre enardecida. Las sirenas se escuchaban más cercanas. Varias patrullas y camionetas pasaron frente a nosotros llevándose a varias personas esposadas, incluso había mujeres entre ellos. Los rifles de alto calibre de la guardia me hicieron sentir nerviosa. Sólo los usaban para intimidar, pero yo sabía que estaban cargados, y que no dudarían en dispararle a alguien si se presentaba la ocasión.

De pronto vi a Leo corriendo junto con un muchacho de su edad. El corazón me dio un brinco y el estómago se me revolvió. No pensé en nada más que no fuera en él, y al verlo allí, en medio de ese espectáculo de

caos, tuve mucho miedo y quise protegerlo de todo.

Sin que Abner pudiera hacer algo para impedirlo, corrí a la cortina metálica y salí por la diminuta puerta. Me sentí insegura de inmediato, como si fuera parte de todo ese caos. El pulso me latía tan rápido en la sien que me dio dolor de cabeza enseguida.

—¡Leo! ¡Leo!

Él me vio, como un cervatillo asustado.

—¡Leo! ¡Ven aquí! ¡Corre!

Un oficial le clavó la mirada y fue hacia él, porra en mano. ¡Iba a golpearlo! ¡Tenía que ser yo quien le ayudara a escapar! Y así lo iba a hacer cuando Abner me jaló del brazo y me metió a rastras a la tienda. Mientras tanto, vi que Leo y su amigo corrían calle arriba hasta desaparecer de mi vista.

—¿Qué crees que haces, Natalia?!

—¡Iban tras Leo! ¡Tengo que ayudarle o lo van a atrapar!

—¡No puedes meterlo aquí! —gritó Abner con la cara roja—. La policía pone bajo investigación a los negocios que refugian a manifestantes!

—Pero...

—¡Leo es fuerte! ¡Sabe cuidarse! ¡No te preocupes!

—¿Estaba con Antonio? —preguntó Wendy—. Ese chico es toda una comadreja. Sin duda lograrán salir bien.

Pero yo no lo presentía así. Necesitaba ir con Leo a como diera lugar. Me daba igual si la policía montada me perseguía. Yo necesitaba saber si él estaba bien. Me imaginé a un oficial moliéndolo a golpes con su porra, o peor aún, que alguien le disparara por la espalda, como había visto en la televisión cuando la gente se manifestaba contra el gobierno. Bueno. Eso sólo sucedía en otros países. No tenía que ser exactamente lo mismo aquí ¿verdad?

—Siéntate —dijo Abner.

Lo hice. Estaba sufriendo un ataque de nervios, y tuve que calmarme o si no me podría desmayar. Si ya con sólo ver a las personas me ponía mal, el saber que la policía iba tras ellos no me sentaba para nada mejor. ¿Es

que tan mal iba la situación?

—¿Nunca antes habías visto esta parte de la sociedad? —preguntó Abner, sentándose frente a mí con una taza de café en las manos —. Así es siempre por aquí. Y no sólo en la ciudad. Todo el país pasa por lo mismo.

—No sólo el país —añadió Wendy, que ya estaba más tranquila —. La situación económica mundial está igual. Desde que las reservas de petróleo se están acabando, muchos gobiernos han entrado en problemas. Le llaman Crisis energética. Si no conseguimos gas para el invierno, las cosas se pondrán peor.

—¿Gas?

—Para las estufas y la calefacción —Abner suspiró con agotamiento —. Eso es lo peor.

De donde venía nunca me tuve que preocupar por el gas. Era algo que yo no tomaba en cuenta. Para mí siempre había estado ahí como un recurso eterno. Sí sabía que en el mundo el precio de todos los combustibles estaba subiendo, más nunca pensé que habrían tantas personas incapaces de pagarlo. Además, ya que nuestro país entraba en la categoría de primer mundo, yo asumí que...

Estaba equivocada. Terriblemente equivocada. Encerrada en mi mansión, durmiendo en mi cama con dosel, nunca me di cuenta de lo terrible y sombrío que el mundo se estaba poniendo. Y de repente sentí mucho miedo no sólo por mí y por Leo, sino por Abner, por Wendy y todos los que trabajábamos en la cafetería.

—El gobierno debería de saber lo del invierno —dije con la esperanza de que los políticos hicieran algo para evitar que la gente muriera —. Ellos conseguirán el gas para nosotros.

—Si es que eso crees —Wendy era muy negativa a veces. Abner siempre la contradecía, pero ésta vez no lo hizo. Le dio la razón.

—¿Crees que gas vendrá a parar a manos de los pobres? Se quedará en esos edificios de empresarios para que no dejen de trabajar. La gente rica también tendrá acceso a él porque pueden pagarlo. Nosotros y los que tienen que trabajar doce horas al día no podrán tener el recurso tan fácilmente.

—¿Y no hay nada qué hacer? ¿Esa gente sufrirá en el frío?

—No es tan malo —Abner no se veía convencido —. El año pasado pudimos subsistir. Mientras no haya nevadas muy fuertes, todo irá bien.

Además... está esa otra alternativa.

—¿Qué alternativa?

Wendy me dio un periódico. Al inicio no sabía para qué, pero luego lo leí bien.

—Van a construir una central de energía nuclear cerca de aquí. Pero eso significa que el bosque va a ser talado.

—Sí. La gente tampoco la quiere. Ya sabes. Esas cosas de la radiación les asusta, y lo que pasó en Chernovil todavía sigue fresco. Temen un holocausto.

De repente me sentí enferma y asqueada con el resto del mundo. O más bien, con el gobierno.

## Capítulo 7

### LO PROMETO

Wendy se ofreció a acompañarme a mi departamento, lo cual le agradecí profundamente porque no podía asumir la idea de caminar sola en esa calle donde tanta furia se había desbordado. Si el miedo se me estaba alejando, después de lo de hoy lo volvía a tener en la puerta de mi mente, como una voraz mancha. Nunca en mi vida me sentí tan insegura, y fue un duro golpe para mí darme cuenta de los problemas que se viven en el país. Lo que más me asustaba era el invierno, que ya estaba cerca. Aunque Abner insistió en que las cosas no irían tan mal, en el fondo ambos sabíamos que estaba mintiendo.

Miré al cielo encapotado, surcado por frías nubes de tormenta. El viento soplaba como un fantasma entre todas las calles, y me congelaba los brazos y me revolvía el cabello. Wendy tiró de mí a través de las calles desiertas, donde lo único que quedaba de la manifestación era la basura, vidrios rotos, algunos pequeños incendios a los que nadie le prestaba atención (papeles en su mayoría con la cara del Presidente) y sangre seca y negra en el asfalto.

—Te ves fatal, Natalia.

—Me siento mal, de verdad. Creo que voy a vomitar. ¿Siempre suceden cosas así?

—Sí —nos detuvimos en un semáforo. Casi no vi personas a mí alrededor—. Cuando la tensión se acumula, las personas pierden los estribos. Ésta es una ciudad bastante conflictiva, especialmente por ser fronteriza con el país vecino.

—¿Y ellos sí tienen gas?

—Lo tendrán. A veces, Natalia, un metro de frontera divide la vida de la muerte.

No me di cuenta de la razón que tenían las palabras de Wendy hasta que llegué a mi departamento y puse el noticiario en la televisión. Al parecer, no sólo nuestra ciudad estaba rebelándose, sino otras en distintas partes del país. La situación era terrible, especialmente al otro lado del océano, donde los países más pobres sufrían la falta de combustibles. El precio del escaso barril de petróleo se había disparado otra vez.

—Pronto dejará de haber tantos vehículos por la calle debido al incremento del precio de la gasolina —dijo Wendy. A mí ya no me parecía tan negativa. Más bien era realista —. Y sin el combustible, los camiones que traen comida tardarán más en llegar. Eso significa que el precio de los alimentos subirá otra vez.

—Y ya que no hay tanto desempleo... —suspiré sin poder terminar la frase. De repente trabajar en la cafetería era un tesoro para mí. Vaya. Al final de cuentas sí era una chica afortunada.

—Y de nuevo toda la sociedad está en problemas. Yo todavía albergo la esperanza de que el Gobierno no nos dejará morir de frío y hambre.

Wendy me miró con una ceja arqueada. Por su mente de seguro se estaba riendo de mi ingenuidad. Ella sabía más de la vida que yo, y me costaba creer que la gente de las altas esferas fuera realmente mala. Eran corruptos, sin duda, pero ¿dejar morir a tu pueblo?

—Sólo tienes que mirar al medio oriente —añadió Wendy —. Allí se matan por un pedazo de pan. No importa que allí se encuentren las últimas reservas de petróleo, esa gente no tiene futuro. No mucho que digamos.

—Y Estados Unidos ya está preparando su invasión —. Eso había escuchado en la radio. Los países más fuertes tenían que derrotar a los más débiles para poder sobrevivir. En éste mundo, donde los recursos finalmente se estaban acabando, hasta el último barril de hidrocarburo era valioso. Más que la vida.

—Bueno, será mejor que no pensemos en nada más —Wendy sintonizó un canal de música clásica. Eso sí que me gustaba.

En ese momento tocaron a mi puerta. Me asomé por el ojo de buey y cuando vi que se trataba de Leo, el corazón se me contrajo y abrí de inmediato.

—¡Leo! ¿Estás bien?

Suspiró y se hizo a un lado un mechón de pelo. Sobre la ceja tenía una cortada.

—Al menos salí bien librado. A Antonio lo atraparon y se lo llevaron a la cárcel.

—Oh, pasa, rápido.

Caminaba despacio, encorvado y sumamente débil, como si hubiera estado corriendo durante horas. Su abrigo estaba manchado de sangre, y temí que no fuera la de él. ¿A caso ese policía lo había golpeado? Si era

así, iba a sentirme más decepcionada con la ley. Fue entonces que recordé que no estaba precisamente feliz con Leo.

Se sentó en mi cama y exhaló sonoramente. Yo me le planté al frente, con las manos en las caderas y la misma mirada que mi madre me dedicaba cuando hacía algo indebido. La realidad era que a pesar de sentirme bien porque Leo siguiera con vida, me enfurecía que hubiese tomado parte de la manifestación.

—¿En qué estabas pensando? ¿No te diste cuenta del peligro que corriste? A tu amigo Antonio lo atraparon y de seguro que no lo están tratando del todo bien.

Me miró con furia.

—Si vas a regañarme, me voy.

—No seas infantil —intervino Wendy —Abner estaba muy preocupado por ti. Incluso salió a buscarte. Además, Natalia estaba llorando de miedo, por ti.

—¿Llorando?

Sus ojos verdes borrarón toda expresión de enojo, y en cambio, me recordaron a los de un niño que se encuentra ante un nuevo misterio. Inocente. Lindo. El pecho me dio un brinco y me molesté con Wendy por contar eso. Aunque en cierto modo sí me gustó sentir algo así por una persona que no fuera miembro de mi familia. Era como una luz en un mundo donde los corazones se preocupan más por si mismos que por los demás. Que Leo supiera lo mucho que él me preocupó fue liberador, y ya que yo nunca tendría la fuerza para decirle que le había dedicado lágrimas de angustia, el que Wendy lo dijera no estuvo tan mal.

—Bu... bueno. Pensé que te habían herido y yo... no creo poder aguantar mucho sin que tú estés aquí para guiarme.

Algo en lo que dije le hizo sonreír, y de repente yo sentí, pese al bochorno, que todo estaba bien. ¿Acaso no? Salvo un par de heridas, él se veía intacto. Sentía pena por su amigo Antonio, y fue ahí cuando me di cuenta de que no conocía al resto de las personas que conformaban el mundo del chico que me protegía de todo lo malo de la ciudad.

—Si la gente no alza la voz, jamás la escucharán, Nat.

—Lo sé, pero no quiero que te hagan daño.



—A penas me conoces y ya estás preocupándote por mí.

—Mira quien lo dice —dije mientras me sentaba a su lado y le tocaba el hombro—. Tú ni siquiera sabías mi nombre y me salvaste no una, ni dos, sino tres veces. No me digas que yo no tengo derecho a sentir empatía contigo.

Wendy tosió con evidente incomodidad.

—Creo que mejor les dejo solos. Te veré mañana, Natalia.

—Sí, ten cuidado.

—Mi casa está a la vuelta de la cuadra. Adiós, Leo.

Pero Leo no se despidió. Toda su atención estaba puesta en mí. Lo vi cuando giré la vista hacia él y lo encontré escrutándome con su mirada de esmeraldas. Avergonzada, me fui a la cocina y saqué una cena congelada. Bueno, dos.

—¿Comes conmigo? Debes de estar muriéndote de hambre, niño. Después de tus travesuras.

—Dame una nalgada, madre —dijo Leo, divertido como siempre. Hasta yo me reí.

—Ay, Leo. Vaya amigo que me conseguí. Anda. Ve a bañarte. Hueles a sudor.

—Olor de macho ¿qué? ¿no te gusta?

—Me gustan los machos —puse las cenas en la estufa —, pero los que huelen rico.

Entró a darse un baño, y fue entonces que me di cuenta de que era la primera vez que un hombre usaba mi espacio personal. La idea de Leo ocupando mi ducha me hizo sonreír, e imaginar cómo se vería desnudo bajo el chorro de agua. Él no era especialmente fornido, pero era ágil y le dio unos cuantos golpes a Alphons, lo cual ya era bastante bueno. Imaginé sus mechones rebeldes pegándose a su cara, sus manos y...

Me ruboricé y apresurada serví la cena. No podía negar que me gustaba tenerlo a mi alrededor, como un guardia que me cuidaba las espaldas. Sin duda debería de ponerme a pensar en una buena manera de pagarle por ser tan atento conmigo; aunque por desgracia estaba corta de dinero y sólo me quedaba mi cuerpo. Ese pensamiento divertido pronto se volvió algo más íntimo, y a continuación imaginé que él me abrazaba y me daba

un beso en los labios.

—Maldición, me estoy volviendo loca.

—¿Tienes una toalla? No quiero salir empapado.

—Sí. Voy.

Sólo había traído dos toallas rosadas, y por fortuna una de ellas estaba limpia. Me acerqué al baño y para mi sorpresa la puerta estaba entreabierta. Ni siquiera se había molestado en cerrarla. Asomé la cabeza y pude ver su silueta a través del vidrio diáfano de la ducha. El agua caía sobre él. Me acaloré inmediatamente.

—Aquí te la dejo.

Si Alphons supiera que estaba con otro hombre, sin duda se cabrearía tanto que no dudaría en adormecerme y llevarme de regreso a la residencia. De todas las personas que se opusieron a mi idea de salir de casa, o más bien, escapar, él era el único que se mantenía fiel a mí y prometió ayudarme. Aquello podría ser considerado noble, pero dado que Alphons tenía una cierta atracción hacia mí, yo sabía que sólo lo estaba haciendo para ganarse mi favor. Para mala suerte de él, yo ni siquiera le veía como una pareja.

Leo salió un rato después. Ya no tenía el abrigo, y el pelo húmedo formaba algunos mechones que, tal y como imaginé, se le pegaron a los costados de la cabeza. Oía a mi shampoo y se veía más contento que antes.

—Ahora sí que luces bien.

—Soy guapo ¿qué puedo hacerle? Oye, ésta cena se ve realmente deliciosa.

—Ah, adelante. Buen provecho.

Comimos en silencio, cada quien sumergido en sus propios pensamientos. Aunque Leo no lo demostraba, yo sabía que estaba temeroso por la situación en la que todo mundo se encontraba. Yo, que lo tenía casi todo en mi vieja casa, había venido a éste lugar por decisión propia y sin tener otra elección. Él, que ya estaba acostumbrado a la podredumbre de la sociedad (asaltos, violaciones, manifestaciones) podía seguir sonriendo. ¿Cómo le hacía?

De un momento a otro dejé de comer y le presté más atención. Tal y como él había dicho, yo casi no lo conocía, y esa realidad no me gustó. Leo era un conjunto de misterios para mí. Fuerte, guapo, sincero, leal y

amistoso...

Todas esas cualidades se mezclaron y se subieron a mi rostro. Me sentí nerviosa y roja como un patético tomate.

—¿Por qué escapaste de casa?

Su pregunta rompió con toda la ola de bonitos pensamientos que tenía.

—Leo, ya te dije que no toquemos ese tema.

—Hace rato me llamaste amigo —me miró con seriedad —, y los amigos se cuentan cosas. Ahora dime ¿por qué? Tenías todo seguramente.

—Bueno, sí. Es una historia aburrida.

—Quiero conocerla.

Lo dijo con un tono que decía justamente otra cosa: "quiero conocerte".

—Bueno... si realmente lo deseas, supongo que no pasará nada si te cuento algo. Pero por favor, no sigas preguntando.

—Vale.

Tardé unos segundos en decidir por donde comenzar. Tampoco quería aburrirlo con tontas charlas sobre lo bien acomodada que era mi vida sin ninguna clase de preocupación. Me daba miedo que él pensara que yo sólo era una rubiecita tonta y berrinchuda perdida en un mundo desolador.

—Mi padre trabajaba en el negocio de la joyería. Era un hombre rico. Era, porque por la crisis la situación comenzó a ir no muy bien. Entre tantos negocios, él se casó con una señora llamada Ruth. Fue un matrimonio por conveniencia. Él necesitaba de los millones que sólo ella le podía dar. Alphons es su hijo.

—Entonces él viene siendo algo así como tu hermano. Hermanastro, más bien.

—Sí. Mi padre y Ruth conocieron a un empresario ruso llamado Aleksei. Hicieron un negocio que salió mal, así que por cosas legales tanto mi padre como su esposa perdieron mucho dinero y hasta la mansión en la que vivíamos. Nos tuvimos que mudar a otra residencia mucho más pequeña.

—Por pequeña dices...

—Catorce habitaciones.

—Claro.

—Bueno. Allí yo tenía todo. Ni siquiera me preocupaba por el resto del mundo. Búrlate si quieres, pero era una niña de papá. Sin embargo los rusos no nos dejaron tranquilos y siguieron acosándonos con demandas y otras cosas. Ruth fue a la cárcel. Mi padre no, por suerte, y se quedó en casa junto con mis tías y sus hijos. Yo, que estaba harta de la situación, los acosos por parte de mis primos, y la presión de los rusos para que les pagáramos la deuda... bien, todo eso me acobardó y...

—Escapaste.

—Sí. Me escapé. Sólo Alphons sabe en en dónde estoy viviendo. Los hombres que me estaban buscando el otro día trabajan para el ruso. Saben que estoy aquí, pero entre tantas personas no me pueden localizar. Y tampoco es que sea tan importante para Aleksei. Lo único que quiere de un tesoro que traje.

—¿Tesoro?

—Esto.

Saqué mi medallón y el zafiro azul que tenía incrustado brilló en los ojos de Leo.

—¡Wow! ¿Es real? Debe valer miles.

—Sí. Es una joya que mi abuelo llama el Corazón de Atlantia.

—¿Corazón de Atlantia? Vaya nombre.

—Fue encontrada en unas ruinas submarinas. Los arqueólogos dicen que perteneció a una civilización ya desaparecida. Vale mucho —oculté el zafiro debajo de mi blusa —, y forma parte de una colección que Aleksei tiene. Y esa es básicamente la historia de por qué estoy aquí. No regresaré a casa porque eso significaría que el Corazón estaría en manos de esos tipos. Leo, es la joya de mi abuelo, que fue como un segundo padre para mí.

—Mi papá tiene una llave de tuercas. Se la dio su padre, y el padre de su padre. Es muy importante para él. Dice que algún día será mía, pero yo creo que hay algo más allá que ser mecánico.

—Entonces sabes de qué hablo. Es un objeto muy personal. Por favor, no

digas nada sobre ello.

Leo rió dulcemente.

—No sé a quién podría decirle, pero no lo haré. Despreocúpate. Ahora me siento un poco más tranquilo, pero no menos temeroso de que algo te pueda suceder.

—Lo sé. Por eso es que te estoy tan agradecida por todo lo que haces por mí. Sin ti... sin ti no sé qué sería de mí —. Éste era un buen momento para decirle lo mucho que me importaba —. De hecho he estado pensando en no decírtelo porque temía que te fueras a involucrar conmigo y terminarás lastimado por esos rusos.

Inesperadamente Leo deslizó su mano por sobre la mesa y me tomó de los dedos suavemente. Nos miramos.

—Desde que te salvé de ese sujeto ya estaba involucrado contigo.

Casi se me salió una lágrima cuando lo dijo. No casi. Lloré. Era mucha la presión que había tenido que soportar cuidando del preciado tesoro de mi abuelo.

—Creo que tendré que enseñarte a pelear.

—¿A pelear? —me limpié la cara y puse atención a lo que me decía.

—Sí. Unos cuantos movimientos de defensa personal para que puedas protegerte en caso de que yo no esté allí. Comenzaremos mañana y seguiremos así cada noche después del trabajo. Eso si no estás muy agotada.

—No lo estaré —me apresuré a responderle —. Me agrada la idea. Ya va siendo hora de que haga algo por mí misma y deje de depender de ti.

—Eso sí que no lo voy a permitir —dijo tras una expresión alegre —, porque si pasa, entonces ya no me necesitarás y dejaremos de vernos.

—Eso... sería malo —acepté. La idea de que algo le pasara me dolió como si me clavaran una estaca en el estómago. Leo debió de darse cuenta, porque de pronto su mano soltó la mía y me acarició la cara.

—Natalia, ya eres parte de ésta ciudad, lo que significa que también eres parte de mí, y entre todos nos cuidamos.

---

iBien! esos han sido los capítulos hasta la fecha ¿Qué les está pareciendo la historia? creo que la vida que relata Natalia y Leo es una situación muy actual en varias partes del mundo ¿no lo creen?

Gracias por pasarse, nos vemos pronto.